

# Siete minutos

Andrea Bajani

Traducción de Carlos Gumpert

*Una breve caminata separa dos mundos: la casa y el estudio del escritor. Dos vidas: la paz doméstica y el diálogo cotidiano —no menos real— con seres hechos de alfabeto que habitan en el barrio contiguo. Una muestra de la elegante prosa del italiano Andrea Bajani, sin duda una de las voces más potentes de la generación de autores nacidos en los años setenta.*

1

Desde hace muchos años, y aún hoy, salgo temprano por la mañana. Recorro a pie la calle que desde mi casa lleva a la estación de tren, la cruzo, salgo al otro lado del edificio, continúo un poco más por un par de manzanas y luego me encierro en una habitación a escribir durante todo el día. Siete minutos de camino. Por la noche, cada noche, hago el recorrido contrario. Cierro con llave la puerta del estudio, vuelvo a cruzar la estación, llego a casa, dejo en el vestíbulo la mochila con el ordenador, saludo a mi mujer y a mi hija y después cenamos, y cada uno pasa revista al día. Yo siempre he hablado mucho sin decir nada de lo que ocurre en el estudio.

Después de cenar, algunas noches vemos una película juntos, charlamos sentados en el sofá, invitamos a alguien a tomar una copa o una infusión con nosotros, leemos cada uno su propio libro en la misma habitación o en diferentes lugares de la casa. Luego nos vamos a la cama, y allí nos decimos las cosas más importantes y las más nimias, recapitulando juntos el día transcurrido. A veces hacemos el amor, otras veces

no, algunas noches con pasión, otras sin ella, y nos quedamos dormidos, abrazados o cada uno en su lado.

Por la mañana siempre me despierto temprano, desayuno y salgo de casa antes de que mi mujer se despierte. A veces oigo sonar el despertador de mi hija, ella aparece en pijama y nos damos los buenos días. Mas a menudo salgo cuando ambas siguen dormidas. Bajo por las escaleras y, como todos los días, me encamino hacia Porta Nuova. Cruzo la estación, me encierro en el estudio. Todos los días, durante todo el día, vivo —y sigo viviendo— encerrado en un mundo del que no cuento nada a la persona con la que me he casado. Todos los días, detrás de esa puerta, río y lloro, amo, odio, me exalto, me desespero, triunfo, fracaso, lucho, sucumbo. Cuando apago la luz, recorro siete minutos de camino, y me siento en la mesa como si nada hubiera ocurrido.

2

La estación de Porta Nuova, en consecuencia, separa topográficamente mi vida en dos partes especulares.



Calle de Turín

A la izquierda está el barrio en el que vivimos. Es un barrio burgués: pequeño comercio, tiendas de delicatessen, de pasta fresca, carnicerías de pocos metros cuadrados y piezas seleccionadas de animales bien alimentados, fruterías con manzanas, peras, tomates de aspecto excelente, floristerías. Hay unos cuantos restaurantes, algunas pastelerías, una pizzería que amasa harinas especiales, suelos de parquet y gente bien vestida. El sábado por la tarde los cierres metálicos están echados, son pocos los coches aparcados, y los que faltan están de viaje hacia Bardonecchia o Liguria, según la época del año. Los edificios son de estilo modernista. Por lo general, son propiedad de un par de familias emparentadas, sea por haberse unido en matrimonio o por pertenecer a ejes hereditarios que incluyen los propios inmuebles. En los telefonillos hay más iniciales que apellidos, y con frecuencia disponen de un servicio de conserjería, con una familia asignada a esta tarea que vive en la planta baja y que habla de usted incluso a los adolescentes que ve pasar y desaparecer luego en el ascensor.

Durante más de un siglo no se vieron inquilinos, por obvias razones de contagio. Más tarde, las casas empezaron a vaciarse, los propietarios a morir y los herederos a preferir lugares más dinámicos o más alejados de los bloques familiares. Así que durante dé-

cadass las viviendas se quedaron vacías. Vender hubiera significado ceder porciones, debilitar el bloque familiar de arranque, exponerse a infiltraciones. Por ello prefirieron, durante mucho tiempo, mantener esos sacos vacíos dentro de los edificios, metros cúbicos de aire, persianas echadas, bombillas colgadas de cables, polvo acumulado en el parquet, y el potente eco de los truenos durante las tormentas. Durante décadas no se abordó la cuestión. Probablemente, por lo demás, no sería siquiera la única propiedad dada como carnaza a los ácaros. En definitiva, no era cuestión que corriera prisa resolver: se repartieron los gastos comunes, que eran, en todo caso, insignificantes en comparación con el peligro de tener otros propietarios con los que deber enfrentarse.

Pero los ácaros son seres obstinados, y día tras día fueron llevando a cabo su obra de lenta destrucción. Milímetro a milímetro fueron royendo el vacío en el que se les había dejado vivaquear, provocando daños considerables. Los costes de mantenimiento empezaron a crecer y los propietarios pensaron por primera vez que era necesario tomar medidas. No valía la pena pagar tan alto precio por la nada de la que eran señores. De manera que optaron por el alquiler, con el fin de conservar el control sobre todo el edificio y disponer de alguien que, en la práctica, se ocu-

para de hacer la guerra a los ácaros manteniendo el orden en las viviendas. La vida cotidiana de una familia de inquilinos era un eficaz antídoto que emplear contra un ejército de arácnidos. Era suficiente con armarlos los unos contra los otros para evitarse ulteriores molestias. Las persianas podían volver a abrirse a la calle, y la fachada recuperaría su compostura ante los ojos de los vecinos de enfrente y de quienes pasaban por la acera, eliminando el efecto moratón de una casa parcialmente sellada.

Por esta razón se optó por arrendamientos de precios contenidos. No eran desde luego las ganancias lo que se iba buscando. No era de eso de lo que podrían obtenerse cambios dignos de relieve. Un alquiler bajo, por el contrario, haría más evidente la desproporción de poderes entre las partes, funcionando en consecuencia como inhibidor. Los inquilinos eran una suerte de desinfectadores, o personal de mantenimiento, a quienes se les daría en usufructo, de hecho, un alojamiento de 150 metros cuadrados, que nunca podrían permitirse en otras circunstancias. Sólo se les exigiría la regularidad en el pago, el cumplimiento de las normas de la comunidad, así como la prohibición absoluta de aparcar coches y bicicletas en el patio, destinado únicamente a los propietarios.

La selección de los inquilinos sería la parte más importante, y eso era evidente para todos. Así como las fachadas de los edificios deben adecuarse a la estética generalizada, las personas que viven en ellos se tienen que casar, por decirlo así, con el color dominante. Antes que gente que desentonara, sería preferible dejar las persianas echadas unos meses más y hacer frente todos juntos a los gastos consiguientes. Es indudable que la cuenta bancaria y la entidad del sueldo cobrado tendrían su importancia, pero aún más decisiva sería la tónica general. El inquilino tendría que parecer uno de ellos, a ojos de los extraños, es decir, adecuarse a la estética general, no echar a perder las vistas. El deseo del inquilino de parecerse a ellos resultaría, en este sentido, muy valioso. Deberían demostrar gusto en la decoración, modales correctos en las escaleras y aportar también un soplo de aire fresco en un ambiente familiar a veces sofocante. Y el día que se cansaran de ellos, podrían deshacerse tranquilamente de su presencia.

En la práctica, lo que necesitaban eran familias de mantenimiento pequeñoburguesas con ambiciones de ascenso social. De este modo, en el barrio donde vivimos, en el lado derecho de la estación de tren, es posible hallar elegantes viviendas de alquiler a precios bastante asequibles. Y fue así como también nosotros llegamos allí un día. Presentamos nuestras credenciales y firmamos el contrato. Mi mujer es arquitecto y tiene buen gusto, y yo soy un escritor me-

dianamente conocido. Dos requisitos que encajan para el personal de mantenimiento de una vivienda. Y cuando invitamos a gente a cenar recibimos elogios por la casa, y es evidente que lo hemos conseguido.

### 3

En el lado derecho de la estación de tren se halla el sitio en el que paso la mayor parte de mi tiempo. Entro allí hacia las siete de la mañana y salgo antes de cenar. A veces hago una pausa para ir a comer con alguien, lo más frecuente es que coma solo en un café a pocas manzanas del estudio. A diferencia del barrio donde paso mi vida oficial, aquel en el que transcurre mi vida llamémosla oculta es una zona donde hasta hace pocos años había disparos en las calles. Ajustes de cuentas entre bandas, sobre todo, en sus disputas por el mercado de la droga.

La primera vez que entré en él tenía veinte años y lo crucé conteniendo la respiración; a los veinticinco años, me fui a vivir allí. Alquilé una habitación, y durante los tres años sucesivos me pasaba las noches encerrado en casa con miedo. Disparos llegué a oír un par de veces y ni siquiera estoy seguro de que lo fueran de verdad. Pero bajo mi ventana casi todas las noches se rompían botellas porque con los puñetazos no era suficiente. Escribía hasta tarde con un ordenador antiguo del que un amigo había querido deshacerse. Me parecía la única forma de aplacar el miedo, llenarme los ojos con otros mundos, pedir a las palabras que me contaran historias, consolarme, trasladarme a otro lugar. Después me iba a dormir. A veces me despertaba de repente: gritos bajo la ventana y alguien lanzado contra la cortina metálica de una tienda. Una vez, dos veces. A la tercera normalmente lo dejaban en el suelo. Por la mañana asomaba la cabeza por el portal, pero ya no había cristales, y en lugar de la cortina metálica estaba la panadería.

Ahora el barrio está lleno de restaurantes y de clubes. Hay un montón, y cada día abren otros nuevos. El trapicheo, en manos de los africanos, no ha desaparecido del todo, pero está circunscrito a una zona más próxima a la estación. Les han dejado un par de esquinas, vigiladas además por la policía. El resto del barrio está en manos de los gestores de los locales, y por la noche hay una invasión de gente que bebe cerveza hasta altas horas de la noche bajo ventanas ajenas.

Los disparos no fueron capaces de conseguir la mitad de lo que está consiguiendo la hora feliz: los habitantes del barrio están furiosos, llaman constantemente a la policía y a los agentes municipales para que disuelvan las aglomeraciones de gente que no les dejan pegar ojo. Es raro que acudan. De manera que

se asoman a los balcones para vociferar todo su resentimiento, y en vez de dormir piensan obsesivamente en la quimera de cambiar de casa, algo que no harán nunca. Si han sobrevivido a los disparos, no entienden por qué deben rendirse ante la hora feliz. Lo cierto es que detestan a los bebedores más de lo que odiaban a camellos y a drogadictos. Que la infelicidad pueda provocar ciertas formas de violencia se da por descontado; que la felicidad pueda causar tal devastación es una suerte de sentencia de muerte para cualquier esperanza sobre nuestra especie.

Cuando llego al estudio, por la mañana temprano, todo eso ya ha terminado. Por el suelo quedan botellas y vasos de plástico que alguien acabará retirando. Yo subo las persianas, enciendo el ordenador y empiezo a trabajar. A veces, durante días enteros, no ocurre nada. Me quedo mirando el monitor como si fuera una plaza desolada por la que nunca pasa nadie. El cursor parpadeante me recuerda que todo esto consume poco a poco el tiempo. De prolongarse mucho, la exposición a un cursor parpadeante es a todos los efectos un sistema de tortura. Y el blanco en el que repiquetea es la evidencia del vacío que habita dentro de nosotros. Me paso muchas horas al día pescando, sentado a orillas del vacío, mirándolo fijamente, esperando a que se encrespe, aguardando el momento en el que se tense la cuerda y acaso haya picado una palabra; si es una oración, mejor aún; si es toda una historia, entonces tendremos algo que llevarnos a la boca. A veces, cuando el sedal se tensa, espero un poco antes de tirar hacia mí, antes de extraer la posible presa de la nada en la que nadaba. Espero a que el gancho se le hunda mejor en la carne, y luego por fin tiro, de golpe y con los dientes apretados. Puede ocurrir, sin embargo, que lo que se agita ante mí, después del tirón, sea sólo el anzuelo. Lo miro, me arqueo, lo lanzo otra vez todo al vacío y sigo allí hasta que cae la tarde.

Luego apago el ordenador, sin haber añadido una palabra, y vuelvo a casa. Cuando salgo, el tiovivo de los aperitivos acaba de empezar, aunque todavía sea poca cosa en comparación con lo que acabará desencadenándose. Me encamino hacia la estación y sé que dentro de poco —aunque a menudo es cuestión de instantes— el mundo explotará a mis espaldas. Cuando salgo al otro lado, siete minutos más tarde, ya ha oscurecido, las tiendas están casi todas cerradas, las luces de las casas van encendiéndose y las farolas muestran a todos que no hay nadie por las calles.

#### 4

Siete minutos para separar dos mundos son pocos. Es menos de un kilómetro, según dicen los mapas, y

en el medio está la estación. Cuando la cruzo, cada mañana, miro los paneles con los horarios y los destinos; sé que el mío está demasiado lejos para ir en tren, pero andando son unos cuantos pasos y no hay otra forma de llegar hasta allí. En el panel de llegadas aparece escrito qué pedazo de Italia está a punto de ser trasvasado aquí a Turín, cuánto aumentará —y quién sabe por cuánto tiempo— el flujo diario de su población. Todos los días vadeo este espacio en dirección opuesta a todos los demás. Las corrientes son sólo de entrada y de salida mientras que yo estoy en el medio, cruzo entre riadas de personas, arriesgándome, dependiendo de la hora, a ser arrollado. Algunos días tengo que abrirme paso entre batallones de *boy scouts* decididos a todo. Pero es cuestión de doscientos o trescientos metros, y al final me introduzco por la salida lateral y estoy a salvo. Afuera es de nuevo todo posible y sin alternativas.

A menudo me preguntan cómo es que no escribo en casa. En el fondo, tenemos una vivienda que lo consentiría. Hay un cuarto a ese propósito con vistas a la colina, un escritorio y todos los libros que he escogido como guardianes de la habitación. Pero no hay manera, y nunca he tomado realmente en consideración la idea de sentarme a escribir en esa mesa. De modo que contesto que necesito una soledad absoluta. Pero no es cierto, dado que puedo escribir en los trenes, en los bares de todo el mundo, en cualquier banco, en las salas de espera. Puedo escribir con personas que hablan a pocos centímetros de mí. Pero no puedo hacerlo ante la mirada de mi mujer. Me resulta intolerable, me vuelve furioso: es demasiado manifiesta la mentira, o mi doble verdad. Y por puro instinto también ella es plenamente consciente de todo. Por eso nunca me llama durante el día; las pocas veces que eso ocurre los intercambios de palabras son muy rápidos. No sabe exactamente con quién está hablando, dice, pero sabe que debe marcar mi número si quiere obtener la información que le hace falta. Pero si se puede, lo evita, me escribe correos o mensajes a los que contesto de inmediato.

Mi mujer sabe únicamente que me levanto cada día y voy al otro lado, y sabe que, al igual que me he ido, vuelvo cada noche. Sabe que paso al otro lado de la estación, y sabe que al otro lado por lo general estoy mejor. Lo sabe porque ve mi cara cuando me siento en la mesa a cenar. Evita preguntarse si algún día dejaré de recorrer esos siete minutos para volver a casa, es decir, si preferiré mudarme al otro lado de la estación, a este lado, donde las palabras corren por las hojas de papel. Yo también evito preguntarme si algún día lo haré, y sé que todo sería más fácil y al mismo tiempo mucho más difícil. Mi mujer evita preguntarme qué ocurre cuando ella no me ve. Evito



decirle que me paso meses o años enamorado de manera visceral de mujeres hechas de alfabeto que pesco sentado a orillas del vacío, y que a pesar de esto, acabo abrazándola todas las noches en la cama. Que durante meses, o años, esas mujeres ocupan mis días, con ellas hago el amor, me peleo, intento por todos los medios reconciliarme. Evito contarle todo el dolor que siento si una mujer de alfabeto me abandona, si he matado a alguien a un kilómetro de casa, si vivo un idilio que durante el día hace que me olvide de todo lo demás. Evito contárselo, aunque ocurre; y vemos juntos la televisión, ayudamos a nuestra hija con los deberes, nos reunimos con amigos a cenar, nos prometemos el futuro todos los días.

Por las noches siempre duermo mal, ella nota que me muevo, coloca su mano sobre la mía, me pregunta si me apetece hablar, pero sabe que en realidad me resulta imposible. Sabe que entre nosotros hay una estación, trenes que pasan en medio del colchón, que estoy sentado en una silla a orillas del vacío. Y que tendrá que esperar antes de saber lo que he sacado con el anzuelo, qué cara se me habrá puesto entre tanto. Cerraré el estudio, volveré a casa y le daré también estas páginas. Como siempre, le pediré que las lea en mi ausencia. Y eso hará, sin decirme nada hasta que haya terminado. Una vez más, cada página le contará todo lo que yo no le he dicho en estos años. Es la única manera que conozco para pedirle perdón. **u**



Estación ferroviaria italiana